

A red monochromatic illustration depicting a revolutionary scene. In the foreground, a group of people, some wearing berets and carrying rifles, are shown in a dynamic, forward-moving posture. The background features a large, stylized figure, possibly a worker or revolutionary leader, and a banner with a star. The overall composition is energetic and suggests a moment of intense action or struggle.

**Guillermo Lora**

# **REVOLUCION Y FOQUISMO**

CRITICA MARXISTA AL ULTRA  
IZQUIERDISMO AVENTURERO.

2da. EDICION  
1978

## PRÓLOGO DEL AUTOR

El presente volumen, que reúne diversos trabajos sobre el foquismo, tiene ya su historia y esto antes de haber podido llegar a manos del lector. Cuando se produjo el golpe gorila y fascista encabezado por el Gral. Pinochet (1973) la edición chilena recibía sus toques finales, estaba en los talleres de encuadernación, la avalancha contrarrevolucionaria, preñada de excesos, la destruyó totalmente. Los textos fueron escritos en plena lucha revolucionaria, como parte de ella, como instrumentos de los intereses y objetivos del proletariado; no tardó mucho en que ellos mismos se vieron convertidos en protagonistas y víctimas de la lucha de clases.

A la vuelta de algún tiempo, fue posible constatar que los folletos y artículos que nos parecían normalmente destinados a perderse en los archivos conservaban vigencia, al extremo de merecer el homenaje de ser recopilados. Tenemos plena conciencia que esto no se debe a sus cualidades intrínsecas, que ciertamente son muy escasas, sino a la naturaleza del tema y a las circunstancias en que fueron elaborados.

El problema es visto con ojos bolivianos, incluso cuando se trata de sus proyecciones en el ámbito latinoamericano; Bolivia, nadie lo ignora, se ha convertido en piedra de toque de la teoría foquista y en tumba de su principal propugnador. Se pretendió aplicarle el foquismo como panacea técnicamente bien elaborada; bien pronto, se hizo evidente que el experimento resumía la esencia misma de la concepción política del castrismo (la esquematización de lo sucedido en Cuba apenas si era el tegumento de atrevidas rectificaciones al leninismo, anunciada, ya entre líneas o abiertamente, como la expresión de una nueva realidad), todos los problemas de la revolución e importaba una tremenda prueba para la dirección tradicional de las masas (stalinismo, reformismo, nacionalismo).

El que Bolivia sea el personaje principal de estos escritos es importante no sólo porque se convirtió en el escenario elegido para probar sin éxito alguno la viabilidad de un método de lucha espectacular aunque ajeno al movimiento revolucionario y al marxismo, sino –y este aspecto cobra singular trascendencia– porque su joven clase obrera ha logrado un alto nivel político y de radicalización; su fulgurante historia nos muestra estructurándose, incluso sindicalmente, al rededor de ideas políticas revolucionarias. Es el caso del asalariado de uno de los países más atrasados de Latinoamérica, poco numeroso y marcado a hierro por el atraso cultural, apropiándose del marxismo en su expresión más genuina, el trotskismo, que a los mecanicistas se les antoja que sólo puede ser comprendido por el largamente experimentado y “maduro” proletariado de las metrópolis.

Los foquistas, revelando la ilimitada presunción de la inteligencia pequeño-burguesa, desarrollaron la tesis de que su ejemplarizadora actividad era nada menos que el detonante que precisaba para despertar y ponerse en marcha una clase obrera adormecida por la acción reformista y por doctrinas políticas obsoletas; lo dijeron o no, su prédica, tan espectacular y huera como sus acciones, daba a entender que aparecían providencialmente para hacer posible la revolución, estrangulada hasta ahora por la manía de teorizar y dividir de los envejecidos líderes. ¿Cómo respondería el combativo, heroico y creador proletariado boliviano a la prédica y a la acción foquistas? Los periodistas que sirven a los rotativos del gran capital y aquellos que presentan su apego al populismo como garantía de neutralidad progresista con referencia al sectarismo marxista, difundieron generosamente la conclusión de que las poses heroicas de los activistas y los petardos colocados con precisión en puntos neurálgicos del mecanismo estatal y capitalista iniciaban un nuevo período en la historia de las luchas sociales, que sería la negación del pasado que se diluyó en la inoperancia y en las discusiones teóricas incansables que no hacen más que dividir a los revolucionarios. El ofrecimiento más importante de los foquistas no podía menos que entusiasmar a las ingenuos: realizar a breve plazo, sobre la marcha, la revolución, sin esperar que fuese vivido y superado el largo y escabroso proceso de estructuración del partido revolucionario, todas las condiciones madurarían a saltos bajo la presión de los grupos armados; si hasta hoy los marxistas realizaban una machacona propaganda de la revolución proletaria sine die, los foquistas prometían consumarla en el día. Menudearon los agoreros con la buena nueva de que los explotados darían las espaldas a sus direcciones tradicionales (se referían a éstas para no mencionar directamente al marxismo) para sumarse a las multitudes que estaban llamadas a subrayar con su aplauso el paso de los foquistas vencedores de los ejércitos regulares. El balance está ante nuestros ojos: el recio proletariado obrero, cuya avanzada es el sector minero, no se detuvo a analizar y asimilar lo que hicieron los grupos de activistas armados, para él no cuenta la experiencia foquista, le es totalmente extraña y en esta medida no afecta a la evolución de su conciencia de clase, que es lo que cuenta en último término. El foquismo se diluyó en la pirotecnia, hizo noticia en la prensa diaria, puso en afiebrada actividad a los servicios de inteligencia,

obligó a la CIA, a trasladar al país a sus mejores expertos, fue motivo de apasionadas conversaciones para los parroquianos de los cafés, pero no tuvo la fuerza histórica suficiente para tatuar la piel de los trabajadores. El foquismo nace, vive y muere en los círculos pequeño burgueses, se alimenta de la desesperación suicida de los intelectuales que no han podido encontrar el camino revolucionario, no arrastra a la vorágine, ni consume, ni nutre a la clase revolucionaria. Si se nos permite una comparación diríamos que la revolución hecha por las masas es como el incendio que hace trepidar los árboles más gigantescos y arrasa los montes; en comparación con él, el foco armado es sunchu luminaria que apenas deja cenizas cuyo rescoldo muere ante las caricias del céfiro. El Che, admirable en muchos aspectos, ha sido sacrificado metralleta en mano, pero su inmolación no ha modificado el curso de la historia y menos ha determinado que la clase obrera siga un otro camino o adopte métodos de lucha diferentes a los tradicionales, violentando así las creencias y propósitos de las foquistas.

Cuando escribimos estas líneas los mineros de Siglo XX-Catavi -grandioso laboratorio de la revolución boliviana, donde se prueban las consignas y las rutas que adoptarán las masas en el futuro inmediato- sostienen una terca y apasionada huelga contra las medidas totalitarias del gorilismo y que tiende a extenderse a otros distritos; como siempre, el gobierno utiliza contra los huelguistas todos los medios que encuentra a mano, incluso los más innobles como la mentira y la falsificación. Cualquiera que sea el resultado del conflicto (hasta ahora no se ha descubierto una receta que asegure por adelantado la victoria de una huelga; en oposición, los foquistas pretenden tener en las manos la fórmula de la panacea), lo evidente es que incidirá de modo determinante en el proceso político y en el porvenir de la clase obrera; ésta eleva la conciencia, se politiza, asimilando críticamente, la experiencia diaria, a través de su partido político. El ejemplo nos permite comprender la abismal diferencia que tienen para el proletariado las acciones en las que interviene directa e inmediatamente y aquellas que se lo ofrece a través de los periódicos, las primeras se convierten en parte integrante de la clase mientras que las últimas no pasan de su noticias anecdóticas.

## 2

Y, sin embargo, hemos dedicado bastante atención al foquismo y muchas de las páginas de nuestras publicaciones han sido destinadas a su crítica. Esto se ha debido a que la nítida delimitación del trotskismo de la ultraizquierda aventurera ha sido uno de los caminos recorridos en la construcción del partido revolucionario. Por otro lado, las capas estudiantiles de la poqueña-burguesía han sufrido el impacto del foquismo y en la medida en que participamos de las luchas universitarias y juveniles (sabemos perfectamente la importancia del movimiento estudiantil en la actividad revolucionaria) hemos soportado su presión y fue preciso rechazarla utilizando un severo análisis principista.

Hemos conocido las explosiones languidecientes de la histeria ultraizquierdista en las universidades europeas y hemos observado la embriaguez foquista de los estudiantes latinoamericanos, que en todos los casos se tradujo en el abandono total del marxismo y en una intransigencia sectaria sin paralelo. El impostor Debray se convirtió en el teórico de la nueva revolución y encontró el terreno abonado para difundir sus homilías.

Nada de esto sucedió en Bolivia. Se puede decir que la influencia del castrismo en los medios estudiantiles fue superficial, bien pronto sus organizaciones retomaron el camino de la subordinación política al proletariado y se integraron a la Central Obrera Boliviana. Esta especie de privilegio en el escenario internacional se debió a la elevada politización del proletariado y a la intransigente defensa de la doctrina y métodos de lucha leninistas que protagonizó su partido político. La izquierda peruana, casi exclusivamente estudiantil, fue virtualmente pulverizada por el foquismo y todavía no atina a salir de su marasmo. En el Brasil, el paso de la juventud por las múltiples variantes del castrismo la ha desbandado y provocado tal atomización que en su seno resulta sumamente difícil orientarse en esa Torre de Babel en que se ha convertido la izquierda exiliada.

Allí donde el proletariado comenzaba a dar los primeros pasos por el camino de la independencia de clase con referencia del nacionalismo de contenido burgués o a emanciparse de la nefasta y contrarrevolucionaria influencia del stalinismo (Argentina, Uruguay, Venezuela, Chile), el foquismo enervó totalmente a los medios estudiantiles y bloqueó el camino de la construcción del partido del proletariado, asestando así uno de los más rudos golpes al proceso revolucionario.

Si tomamos en cuenta la poltronería, conservadurismo y burocratización de los partidos stalinistas

dependientes de Moscú, es evidente que la crítica castrista se presentó en sus inicios como saludable, como una rectificación radical venida desde la izquierda. La actitud correcta consistió y consiste en tomar esta crítica como punto de partida para construir un verdadero partido leninista y no en la capitulación tan frecuente ante el fojismo o el abandono del marxismo porque supone una serie de obstáculos en el camino de la estructuración de la vanguardia revolucionaria. En los núcleos que se reclaman del Secretariado Unificado de una supuesta IV Internacional es donde en mayor medida se han cometido estos equívocos. En Chile se ha dado el caso de que los viejos trotskistas, reducidos a la impotencia por sus propios y descomunales errores políticos y tácticos, propiciaron la formación del MIR y se pasaron con armas y bagajes a las posiciones castristas. El viejo SWP norteamericano, que en el pasado se mostró tan escéptico y timorato ante la posibilidad de una revolución en los atrasados países latinoamericanos, perdió la cabeza y la brújula con la victoria del castrismo en Cuba. Los teóricos del SU, entre ellos el inefable E. Mandel, se han especializado en descubrir en todo nacionalista o populista con algún éxito, trotskistas encubiertos o instintivos; estas ilusiones valen tan poco como las teorías acerca del neocapitalismo, del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas en plena etapa de decadencia del imperialismo o de la aparición de una "nueva vanguardia" extraña al proletariado. El fojismo ganó, asimiló y destruyó a los revisionistas del trotskismo. Como se ve, la batalla librada contra el castrismo ha sido de vital importancia para nosotros.

Se podría decir que nuestras campañas han estado dirigidas frontalmente contra el fojismo como tendencia internacional y que no hemos sostenido una polémica formal con sus partidarios bolivianos o con las agrupaciones que les son afines. Aparentemente no tuvo lugar la discusión doctrinal documentada del caso; sin embargo, todos los días y en todos los lugares nuestras posiciones leninistas se enfrentaron con el castrismo. Lo que parece no tomarse en cuenta es que la disputa ganó las calles y quedó consignada en los papeles impresos en dos oportunidades de trascendencia histórica, con motivo de la constitución y funcionamiento de la Asamblea Popular y del Frente Revolucionario Antiimperialista.

La Asamblea Popular, organización de tipo soviético, salió de las entrañas de las masas y se convirtió en el canal que proyectaba al proletariado hacia el poder; además está decir que llevaba en su esencia la dualidad de poderes. Estas tendencias no lograron desarrollarse plenamente debido a la corta existencia de la Asamblea, pero la experiencia se ha incorporado al arsenal de la clase revolucionaria. El ELN., la organización foquista boliviana, rumiaba, en el entretanto, el desastroso final de las acciones armadas de Teoponte, remedo caricaturesco de Ñancahuazú, esto cuando el proletariado demostraba en el escenario político su gran capacidad creadora y cuando con la huelga general imprimió un profundo giro al proceso político. La Asamblea constituye la realización más elevada de todo el proceso revolucionario y los acontecimientos posteriores, sin excluir a las medidas punitivas y monstruosamente antihumanas del gorilismo, necesariamente se refieren a ella; ha sido estructurada por los explotados sin esperar la venía ni el consejo de los intelectuales foquistas y mientras éstos, de espaldas a la realidad de la situación política y de los movimientos de las masas, estaban preocupados de dar forma a su táctica aventurera. En un primer momento, el ELN tuvo la ocurrencia de sostener que la Asamblea no sería más que un retorno al caduco parlamentarismo de corte burgués y que formaba parte de una maniobra distraccionista, cuando lo que correspondía era declarar la guerra prolongada; en el despropósito coincidían los maoístas. Tarde se dieron cuenta los foquistas que su ceguera los condenaría a permanecer totalmente aislados no sólo de las masas sino del mismo proceso político; es entonces que tuvieron la ocurrencia de enviar su famosa carta pública en la que amenazaban tomar a su cargo la custodia de la virginidad de la institución, informaban que corría a cuenta de ellos el que la Asamblea no se desviase del camino revolucionario, la advertencia denunciaba que estaban seguros que la nueva organización se deslizaría por el plano inclinado del reformismo y que acabaría colaborando con el gobierno central. La criatura del proletariado tuvo el acierto de encogerse de hombros ante semejante desplante: la amenaza no hacía daño alguno por su procedencia.

Por algún tiempo se sostuvo que el ELN voluntariamente se colocó al margen de la Asamblea, que por su naturaleza y sus finalidades desarrollaba su actividad en medio de la más amplia publicidad y materializando a plenitud la democracia obrera (lo que no debe confundirse con la pasiva tolerancia a las tendencias e ideas reaccionarias, que fueron enérgicamente combatidas en su serio), posteriormente se comprobó que la táctica foquista consistió en introducir algunos de sus elementos camuflados en los grupos ultrazquierdistas que pertenecían a la Asamblea. Fuimos testigos de que los foquistas con sus planteamientos y argumentos no compartían el criterio del sector proletario que exigía una profunda movilización de las masas, buscando incorporar al seno de la organización soviética al grueso del campesinado, camino que debía llevar hacia un enfrentamiento con el gobierno central y a la conquista del poder, para materializar

este objetivo se propuso poner en pie a las capas más vastas de los explotados tras la consigna de la administración obrera mayoritaria de Comibol; oponían la consigna del desencadenamiento de la guerra prolongada como resultado de una decisión elitista, lo que suponía que el ejército "popular" tendría oportunidad de derrotar formalmente a las fuerzas armadas regulares. Como se ve, el ELN y los ultraizquierdistas en general no cejaron en su empeño de colocarse al margen de las masas y de hacer la "revolución" por medio de la acción de los grupos activistas altamente entrenados y armados.

La pequeña burguesía radicalizada (sobre todo sus sectores estudiantiles) es, ni duda cabe un valioso aliado del proletariado, sobre todo en un país atrasado como Bolivia, a condición de que se someta a la política del proletariado y de que no obstaculice la marcha revolucionaria con sus actitudes provocativas. El proletariado, conciente de esta realidad exigió e impuso, esto contra la resistencia de la ultraizquierda, la reestructuración de la universidad bajo su dirección política, de manera que los movimientos estudiantiles no pudiesen trabar el proceso revolucionario. Estas batallas fueron libradas contra las convicciones más íntimas de los foquistas y las resoluciones adoptadas importaron verdaderas imposiciones autoritarias a la ultraizquierda. Se puede decir que en el seno de la Asamblea Popular se libró una descomunal lucha contra el foquismo y que no fue más que un reflejo del enfrentamiento que ya tuvo lugar en el seno de las otras organizaciones de base de las masas, en las que fue rechazado este método, pues los trabajadores persistieron en seguir sus formas tradicionales de lucha y permanecieron impermeables a la prédica espectacular del castrismo. El trotskismo aparece de cuerpo entero en la Asamblea, cuya destrucción busca afanosamente la ultraizquierda.

Lo sucedido en el FRA acaso fue mucho más importante y que desgraciadamente permanece ignorado para casi toda la izquierda latinoamericana. En un escrito acerca de la Asamblea Popular, en cuya última parte se analiza la experiencia frentista; nos hemos referido con algún detenimiento a esta cuestión.

El 21 de agosto de 1971 la vanguardia de la pequeña burguesía, constituida fundamentalmente por estudiantes, fue físicamente aplastada por la brutal arremetida gorila; la clase obrera, demostrando mucha madurez y al constatar que no existían condiciones materiales mínimas para librar la batalla final contra las fuerzas regulares concentradas en Oruro, realizó un repliegue táctico hasta sus lugares de trabajo y sus sindicatos. Con todo, hubo un cambio político, cuyas consecuencias soportaron todas las clases sociales y también el proletariado: las garantías democráticas y sindicales fueron aplastadas, las organizaciones de masas acorraladas o estranguladas.

El cambio de la situación política impuso un cambio en la táctica, aunque es preciso puntualizar que la estrategia permanecía invariable: la lucha debía centrarse básicamente alrededor de la defensa de las garantías democráticas y de modestísimas reivindicaciones económicas, se imponía la necesidad de unir y coordinar los brotes de resistencia al gobierno que afloraban a lo largo y a lo ancho del país, la movilización y ofensiva de los explotados debían permitir volver a plantear la conquista del poder. Había que poner en pie a las masas y orientarlas hacia la lucha por el socialismo. Para convertirse en la dirección de este movimiento nació el FRA, dentro de la línea antiimperialista adoptada por el IV congreso de la Tercera Internacional. Se trataba de movilizar y de arrastrar a las masas (en cuyo seno confluían las clases sociales oprimidas y explotadas por el imperialismo: proletariado, campesinado y vastos y empobrecidos sectores de la clase media de las ciudades) detrás del proletariado. El FRA es un frente de clases sociales que soportan el peso de la opresión imperialista, pero que no por esta circunstancia ven nivelados sus objetivos ni sus intereses. La naturaleza de esta organización está subordinada a un problema concreto: qué clase social se coloca a la cabeza del frente antiimperialista, pues no es viable la receta de que todos los participantes tengan el mismo peso en la dirección, que así resultaría reducida a cero. Si el frente se subordina a los intereses de la burguesía, si tiene como finalidad estratégica crear las condiciones indispensables para el desarrollo del capitalismo, hay que concluir que se trata de una colaboración con la burguesía y un abandono total de los intereses históricos de la clase obrera, esta es la esencia de los frentes populares, uno de los recursos que tiene el capitalismo para sobrevivir. Es esto lo que nosotros siempre hemos rechazado y combatido tenazmente y lo hemos hecho en la etapa de estructuración del FRA. El trotskismo propone que el frente antiimperialista esté políticamente dirigido por el proletariado, que se subordine a su estrategia, en esta medida no puede ni debe identificarse con el frente popular. El camino recorrido por la clase obrera boliviana y la experiencia adquirida durante el periodo de la Asamblea Popular hicieron posible la estructuración del frente antiimperialista con tales características; en otras palabras, permitieron al partido de la clase obrera (POR) imponer su estrategia a los partidos y grupos que representaban a las otras clases sociales e inclusive a ciertas capas atrasadas de aquella. Pese a que comprendemos debidamente que existe una diferencia cualitativa entre el FRA y

los frentes populares tan gratos al stalinismo y a los nacionalistas, no podemos dejar de constatar que en el periodo de discusiones acerca de la naturaleza del FRA no era éste el problema central, sino más bien, el que se refiere a los métodos de lucha.

El programa del frente, la naturaleza del gobierno que debía propugnarse (después de algunas discusiones se votó por unanimidad la consigna estratégica de gobierno de los obreros y campesinos), aparecían encubiertos tras el problema de los métodos de lucha, que normalmente emerge de las cuestiones principistas. Esta especie de contrasentido era el resultado de que la pugna básica estaba entablada entre los partidos que representaban la tendencia proletaria esbozada en el seno de la Asamblea Popular y los que obedecían a la corriente ultraizquierdista o foquista. Ya hemos indicado (ver "De la Asamblea Popular al golpe fascista", El Yunque Editora) que, para sorpresa de propios y extraños, el FRA, en cuyo seno se encontraban el ELN, el MIR y los pequineses, adoptó como su fundamental método de lucha el propio de la clase obrera: la movilización de masas y la acción directa en sus múltiples manifestaciones, se determinó se les subordinasen toda acción y toda actitud de las direcciones políticas de las otras clases. El foquismo, como actitud voluntarista de un grupo de activistas que se han elevado hasta el nivel de especialistas militares y destinada a modificar el curso de los acontecimientos históricos de acuerdo a al subjetivismo, quedaba arrinconado y férreamente sometido a la vanguardia obrera.

La política del FRA se orientaba inconfundiblemente hacia la conquista del poder por la clase obrera; las masas oprimidas por el imperialismo eran movilizadas tras la estrategia de aquella, que así daba un paso más en el propósito de arrastrarlas como dirección política. Hablar en estas condiciones de identidad entre el FRA y los frentes populares es sencillamente un despropósito. La movilización de masas se operaba teniendo como eje una amplia alianza obrero campesina. Nuestros críticos, y éstos menudean hasta en el sector considerado trotskista, se esforzaron en presentar la verdadera hegemonía política del proletariado dentro del frente como colaboración de clases, inclusive como subordinación del proletariado a la burguesía, extremo que sólo puede darse en el caso de renuncia a la estrategia revolucionaria; para lograr su finalidad deformaron las proposiciones programáticas y los mismos hechos. Los representantes concientes y directos de la burguesía nacional no estaban ni están dentro del FRA, porque no fueron invitados y porque en el país esta clase social no ha logrado estructurar a su propio partido con posibilidades de convertirse en una organización de masas; pero si estaba un partido nacionalista pequeñoburgués (la pequeña burguesía ha intentado vanamente en Bolivia ocupar el papel de la burguesía nacional), el PRIN, que en sus momentos de radicalización se esfuerza por presentarse como portavoz, de la clase obrera y hasta como marxista. Los sectores movimientistas, inclusive los colocados más a la izquierda, retrocedieron espantados ante los propósitos del frente antiimperialista y creyeron ver en ellos objetivos que sólo podían lograrse después de una larga lucha que contrariaba sus proyectos de retornar al poder en breve tiempo y cogidos de la casaca de algún alto jefe militar golpista. También conformó el FRA un grupo de jefes y clases del ejército y de los efectivos regulares de la policía, que se encontraba en el exilio por haber actuado alrededor del Gral. Torres (éste mismo se movía dentro del grupo intentando inútilmente ganar el lugar de caudillo indiscutido que, en su primitivismo, consideraba la consecuencia lógica de su grado castrense). Fue tan fugaz el paso de Torres por el FRA que hay que concluir que para el ex-Presidente el hecho constituyó un equívoco político: en sus cálculos, llenos de ingenuidad e ilimitada ambición, figuraba en primer término la posibilidad de que el frente se convirtiese en el instrumento de los golpes de Estado que él nunca dejó de planificar, claro que los proyectos no pasaron de los esquemas consignados en el papel, esto porque había perdido toda influencia sobre los mandos con tropa que actuaban dentro del país; a medida que se fue delineando la estrategia y la táctica antiimperialista, el general comprendió que se había equivocado de tienda política, que el radicalismo frentista comprometía al golpista inveterado y entonces muy discretamente hizo mutis por el foro. Nada pinta mejor a Torres como su actitud dual en su trato con los componentes del FRA: un buen día fue pillado infraganti haciendo propaganda entre algunos campesinos para que éstos se opusiesen a que el frente hablase tanto de socialismo, estaba interesado en no espantara los nacionalistas que apresuradamente buscaban a un caudillo uniformado que pudiese echar del Palacio de Gobierno a Banzer y su pandilla, y, en último término, en no despertar demasiadas sospechas en los medios imperialistas. Torres dentro del FRA nunca fue tomado en serio, constituía algo así como una figura simbólica de algo muy importante que estaba sucediendo: la adhesión de una fracción radicalizada del ejército a un frente que discutía descarnadamente los problemas de la revolución desde el punto de vista del proletariado, es decir, del marxismo. El ejército, después de 1952, se mostró impermeable a las presiones de los explotados y a la propaganda revolucionaria, ahora se producía una profunda escisión en sus capas más politizadas y mostraba cuál sería el camino que debía recorrer el movimiento revolucionario en el futuro si desea lograr la victoria: escisionar a las fuerzas armadas y ganar hacia sus posiciones a las capas más

jóvenes y radicalizadas. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) -tal fue el nombre que adoptaron los uniformados izquierdistas en el exilio- no pretendieron en momento alguno desarrollar una particular posición política dentro del FRA y, más bien, se convirtieron rápidamente en escenario de la pugna entre foquistas y marxistas, vale decir, entre las expresiones teóricas de la desesperación pequeñoburguesa y de la política proletaria. Desde el primer momento se pudo notar que el mayor Rubén Sánchez, que ya había tenido su historia como foquista encubierta, jugaba un papel más importante que Torres en el seno de las FAR; el ultraizquierdismo del mayor, que pese a todas las maniobras no pudo escapar a la red que alrededor suyo habla tendido el castrismo, no dejó de ser resistido y rechazado por gran parte de oficiales. La incorporación de las FAR a la ultraizquierda, hecha en el plano de las declaraciones, constituye una arbitrariedad de Sánchez.

No hay la menor duda de que algunos consideraban la incorporación del ex-Presidente y Gral. Torres al seno del FRA una habilidosa maniobra que acortaba enormemente el camino hacia el poder, ese entusiasmo no era más que reflejo de este espejismo oportunista. Los trotskistas nada teníamos que ver con estos juegos, sus propiciadores pensaban en un cuartelazo y nosotros nos afanábamos por encontrar los caminos que pudiesen llevar al proletariado hacia el poder. Los torristas de los primeros días del FRA exhubaban por todos los poros nacionalismo burgués que ya había periclitado totalmente.

¿Cómo pudo darse el caso de la total capitulación del foquismo ante la intransigente estrategia proletaria desarrollada por el POR? ¿Por qué la ultraizquierda abandonó sus métodos de lucha (para los especialistas en operaciones militares resume y encubre todos los planteamientos políticos concebibles) para cobijarse bajo los que se invocan como propios de la clase obrera? El abandono de posiciones no fue seguido por la necesaria autocrítica de las viejas concepciones, sino, más bien, por una maniobra, que, sin embargo, apenas si ocultaba la profunda crisis que sacudía al foquismo en uno de sus centros más importantes.

La ultraizquierda cayó víctima de su propio juego, de la maniobra digna de la chatura de la pequeñaburguesía. Estaba segura que haciendo concesiones al sector proletario en el campo del programa y de los principios (en las discusiones fue retrocediendo gradualmente, buscando conservar algún terreno que lo permitiese reiniciar sus operaciones de ataque en el futuro) podía conquistar puestos claves dentro del FRA que le permitiesen, en los hechos, convertirlo en cobertura e instrumento al servicio de sus aventuras. Seguramente nunca el foquismo mostró de manera más brutal su verdadera fisonomía. La política alrededor de los objetivos programáticos era considerada pura e inútil palabrería, que podía fácilmente ser rectificada por las acciones militares. Moviéndose bajo el látigo de los marxistas se vio obligado, en definitiva, a someter a crítica y análisis su pasado y sus errores políticos; la política se erguía por encima de los activistas y los empujaba a revisar sus posiciones. El sometimiento del foquismo al trotskismo en el seno del FRA no fue más que uno de los episodios de la aguda crisis que se desarrollaba en su seno, una crisis de dimensiones internacionales y que trágicamente cerraba todo un período de las luchas sociales; decimos trágicamente porque los ultraizquierdistas buscando desertar a su sino llevaron a la exasperación y a la histeria su conducta aventurera y suicida; los que habían sido políticamente derrotados se empeñaron en ser despiadadamente destrozados por las fuerzas gubernamentales y por las bandas fascistas. Esta vez fue la tragedia la que siguió a la farsa.

Lo sucedido en el FRA boliviano nada tiene de similar, por ejemplo, con la fractura de parte del PRT argentino por el foquismo, que concluyó asimilándolo totalmente, al extremo de que los presuntos trotskistas abandonaron las posiciones marxistas, renegaron de su primitivo nombre, propusieron la fusión de los planteamientos de Mao-Giap-Trotsky, la creación de una nueva Internacional (cualitativamente diferente a la Cuarta) y otras tonterías por el estilo. La diferencia se debe, además de la firmeza y debilidad principistas, según los casos, al diverso grado de desarrollo político de los proletariados boliviano y argentino. Con variante este ejemplo puede hacerse extensivo a los otros países.

Cuando la ultraizquierda comprendió que el FRA tenía decidido imponer autoritariamente sus decisiones a todas las organizaciones y oponerse enérgicamente al golpismo viniese de donde viniese y no bien reajustó sus fuerzas dentro de la organización frentista, se encaminó a escisionarla y a impedir que su programa, coherentemente elaborado a partir de sus documentos fundamentales, (secretos hasta ese momento), pudiese ganar a luz pública. La misma fractura del FRA (en el país se implantó en los medios sindicales el FRA que sigue la línea proletaria y los foquistas utilizaron la sigla con fines puramente propagandísticos, a fin de ocultar su gradual debilitamiento detrás de una consigna de unidad izquierdista) demuestra la crisis y fracaso de la ultraizquierda, la imposibilidad en un país con un proletariado altamente evolucionado de subordinar a los explotados a la línea pequeño burguesa.

## 3

La profunda crisis del foquismo llega hasta el grueso público a través del abandono de algunas de sus tesis tradicionales y de la adopción de los planteamientos de sus críticos marxistas; se trataría, para la ultraizquierda, de ajustar los enunciados a una nueva realidad. Los fracasos sufridos en el terreno de la lucha, la no llegada de la victoria revolucionaria por el camino del foquismo, la palmaria demostración de que los grupos armados no pueden cumplir las funciones del partido obrero, etc, precipitaron la crisis y ésta se tradujo inesperadamente en la promesa por parte de la ultraizquierda de cumplir lo que había criticado acerbamente hasta la víspera. Se tornó marxistizante y agachó la cabeza ante los partidos que hasta la víspera los consideraba caducos.

Los foquistas abandonaron su tesis tradicional de que era el campo el escenario ideal para desarrollar la lucha revolucionaria y los grupos armados se trasladaron a las ciudades para protagonizar el terrorismo urbano (con una espectacularidad sin paralelo), lo que les permitió identificarse con su modelo que en otras latitudes tuvo oportunidad de descalabrarse a fines del siglo pasado. La crítica marxista pudo entonces ser planteada de manera más nítida, no en vano se había estructurado en franca lucha contra el petardismo de su época; por otro lado, la ultraizquierda tuvo mayor ventaja, aprovechando las formas encubiertas que asumió, para presionar mucho más poderosamente sobre las débiles organizaciones revolucionarias.

El grupo armado actuando en el campo acentuaba dramáticamente su aislamiento del país e ignoraba a la clase obrera, cuyo escenario es, precisamente, la ciudad, una de las creaciones del capitalismo. La ultraizquierda crítica convertida en terrorista urbana pareció rectificar profundamente aquella orientación y dijo ser su voluntad reglar sus actividades conforme a la lucha y necesidades del proletariado. El lector conoce de sobra el relato de las espectaculares marchas punitivas de ultraizquierdistas a los centros de trabajo para castigar a los malandrines y rectificar entuertos de la administración capitalista, también se encuentran en todos los periódicos referencias a la forma como quieren solucionar los problemas de la miseria y de la explotación moderna: obligan a los grandes capitalistas a distribuir víveres y vituallas en los barrios marginales y entre los obreros de las fábricas. Es evidente que esta forma modernizada de la caridad cristiana y adecuada a fines propagandísticos, está lejos de poder solucionar el hambre y la explotación que son inherentes al capitalismo como sistema social, para esto será preciso hacer la revolución e instaurar la dictadura del proletariado, lo demás es pura demagogia.

El terrorismo se esfuerza por plantear forzosamente su referencia a la clase obrera, pero no puede ocultar su providencialismo y naturaleza extraña al movimiento de masas y a la vida interna de las fábricas. Penetrar a un centro de trabajo para arengar a los esclavos modernos e inflingir drástico castigo a los capataces y patronos que tratan mal a su personal, sigue siendo una acción venida desde fuera, elaborada y ejecutada al margen de los obreros concentrados en una empresa, con la confesa u oculta intención de sustituirlos de evitarles los dolores y contratiempos que supone la lucha cotidiana por mejores condiciones de vida y de trabajo y contra todo exceso patronal o estatal. Los ultraizquierdistas pueden forzar las puertas de las fábricas y desfilar apresuradamente ante los obreros estupefactos, pero siguen siendo extraños a ellos; sus acciones, aunque tengan como punto de referencia los centros de trabajo donde está el proletariado, siguen siendo extrañas a esta clase, no forman parte de su experiencia, porque no es ella la que las ejecuta y, por esto mismo, no las asimila; concluyen desechándolas, aunque circunstancialmente hubiesen simpatizado con esa conducta.

El foquismo primitivo partía del supuesto de que la nueva realidad social había convertido al partido político de la clase obrera en una organización totalmente superada y planteaba que los los fuerzas hechos para estructurarlo y las discusiones desarrolladas alrededor de su fortalecimiento, no hacían otra cosa que obstaculizar la lucha revolucionaria y se convertían en un obstáculo que se levantaba ante los explotados en el camino de la conquista del poder. El foco armado era ya el partido del "pueblo" - un término grato a los oídos de la ultraizquierda que se niega a recalcar que es el proletariado la clase revolucionaria por excelencia y en esta medida se diferencia del marxismo- o cuando menos el germen que al desarrollarse naturalmente llegaría a ser tal. El terrorismo urbano, al menos por boca de los Tupamaros del Uruguay habla de convertir a los grupos de activistas armados en el partido de masas que exige nuestra época de guerras y revoluciones.

Es dentro de este cuadro revisionista (también el foquismo se ha visto obligado a revisar su programa inicial) que la ultraizquierda latinoamericana, por lo menos en sus expresiones más conspicuas, ha

conformado un frente único, sobre todo con la intención de impulsar sus acciones y reactualizar una postura ya superada espectacularmente por los acontecimientos y por el mismo desarrollo de la política. El ERP argentino, los Tupamaros, el MIR chileno y el ELN boliviano, convinieron en un acuerdo homogeneizador y esperando que fuese el detonante lo suficientemente poderoso para desencadenar la guerra prolongada en escala continental; los firmantes del documento -programa de circunstancias- estaban seguros que la maniobra unionista solucionaría todos los problemas que impiden que la ultraizquierda vuelva a adueñarse del escenario y desplace a las direcciones tradicionales.

La plataforma de unidad de los grupos foquistas, que siguen siendo tales aunque ahora ostenten el rótulo de terroristas urbanos, expresa su crisis profunda y caducidad. No sólo que llama a sumarse al bloque ultraizquierdista a todos los partidos revolucionarios, sino que se incluye en el texto los planteamientos que distinguen a la izquierda marxista. Se habla de que serán las masas las que hagan la revolución, de que ésta estará dirigida por la vanguardia revolucionaria, etc. Si esto es así, el foquismo y el terrorismo están demás, son contraproducentes para los objetivos revolucionarios.

En Bolivia, los intentos hechos para resucitar el foquismo, para implantarlo en las ciudades como terrorismo, no han dado resultado, no han pasado de ser globos de ensayo. La ultraizquierda ha muerto en el proceso político como fenómeno de alguna importancia, lo que no impide que aparezca por ahí algún grupo ultraizquierdista, que publique una hoja, y que inclusive haga estallar uno que otro petardo, pero más como curiosidades anecdóticas que como fenómenos de alguna significación. Se puede descontar que los organismos de represión sacarán toda la ventaja posible, con miras a justificar sus bestiales medidas de represión, de todo intento terrorista o lo fraguarán si no se presenta.

Allí donde el terrorismo, como en la Argentina y el Uruguay, por ejemplo, constituye un serio obstáculo en el camino de la estructuración de la vanguardia proletaria constituye una obligación prioritaria el aplastamiento ideológico del foquismo urbano. Hay que reivindicar el marxismo frente a todos los intentos revisionistas, elevar a un primer plano los métodos de lucha propios del proletariado y reducir a su verdadera dimensión insignificante la arrogancia pequeñoburguesa que pretende enseñar a los obreros a hacer la revolución e imponerles ciertas formas de actuación. La derrota ideológica del terrorismo aventurero y vacío será el primer paso firme que se dé en la ruta de la construcción de un poderoso partido obrero, indispensable para hacer posible la revolución proletaria.

Hemos leído que los foquistas urbanos pretenden tornarse invulnerables a la crítica marxista con el argumento de que a ellos no se les puede aplicar los reparos que tradicionalmente se invocaron contra el terrorismo individual, pues nos hacen saber que ellos vinculan sus acciones con el movimiento de masas. El aventurerismo del ERP o de los Tupamaros sigue siendo terrorismo individual en la medida en que, como expresión de la desesperación, voluntarismo y hasta egoísmo pequeñoburgueses, se elabora y se ejecuta a espaldas de las masas, deliberadamente al margen de ellas y como resultado de las decisiones de los grupos cerrados y conspirativos de activistas. En sus rasgos generales el terrorismo de nuestros días no es más que la prolongación del viejo terrorismo que ya tiene alrededor de un siglo de edad y cuya inviabilidad como método de lucha ha sido puesto de relieve por los acontecimientos, una y otra vez.

El terrorismo individual es nefasto porque, allí donde la clase obrera apenas se está desprendiendo de la tutela ideológica del nacionalismo burgués o está reaccionando contra el revisionismo y burocratización de los partidos stalinistas, aparta a los explotados del camino de la construcción de la vanguardia revolucionaria, porque o es una actitud distraccionista, un obstáculo para la evolución de la conciencia de clase, o bien alimenta la aparición de ilusiones acerca de la posibilidad de que la clase y su partido puedan ser exitosamente sustituidos por los grupos armados de activistas. Es fácil comprender que se impone una severa crítica del terrorismo para dejar desbrozado el camino de la construcción del partido, ésta es una tarea urgente e insustituible. En este empeño es aleccionadora, por muchos conceptos, la experiencia boliviana.

Los ultraizquierdistas acaso tengan la ocurrencia de sostener que los trotskistas propugnamos nada menos que la evolución pacífica del capitalismo al socialismo, lo que nos vincularía estrechamente con el stalinismo, que en muchos aspectos ha proporcionado argumentos e ideas para la elaboración del foquismo pequeñoburgués, ya que rechazamos la violencia empleada por ellos y la denunciaremos como contrarrevolucionaria. El tema planteado ha sido también discutido con algún detenimiento y permite actualizar una posición nuestra de vieja data.

Ciertamente que no somos pacifistas ni hemos planteado en momento alguno la posibilidad de la existencia de varias vías para llegar al socialismo como hacen los lacayos del Kremlin. La revolución victoriosa (las masas explotadas expulsando del poder a la clase dominante, tarea en la que acumularán y emplearán todos los medios menos los diplomáticos) constituye el punto culminante de la violencia revolucionaria, que en nuestra época se encarna en el proletariado; la toma del poder, el punto más elevado de la insurrección, permite que la política de la clase obrera se exprese en términos militares. El proletariado no merecería convertirse en clase gobernante si no estuviese seguro, y no subordinase su conducta a esta convicción, de que debe prepararse debidamente para asaltar el poder con las armas en la mano. La Insurrección es un arte, enseñaba Lenin, y no está permitido jugar a ella, hay que actuar conforme a sus leyes. Pero, ni la preparación de la insurrección ni el armamento del proletariado tienen nada que ver con el aventurerismo foquista o con el terrorismo individual, estas tareas sólo pueden ser debidamente cumplidas por el partido revolucionario y en este terreno nada podrá enseñarnos el foco armado. La política militar de la clase obrera es una concepción particular de ella y sólo en el aspecto técnico ha podido aprender algo de los especialistas militares de la burguesía, es posible también que en este último plano pueda enriquecerse el arsenal de la clase a través del análisis crítico de las operaciones armadas protagonizadas por foquistas y terroristas.

A los desplantes pequeño burgueses hemos opuesto la larga y rica experiencia que tiene el proletariado boliviano en materia de armamento de sus milicias y también la que se desprende de las acciones militares que ha librado contra efectivos del ejército regular o contra destacamentos represivos, la clase ha dado muestras de su capacidad para reducir, utilizando la violencia, a las bandas mercenarias organizadas por los capitalistas. La Tesis de Pulacayo, cuando habla del armamento de los obreros y de la necesidad de crear milicias sindicales y grupos de autodefensa, eleva a nivel programático de ésta experiencia. Las consignas no fueron impuestas a las masas desde fuera, emergieron de su capacidad creadora y para que aflorasen fue suficiente su sistematización.

Nuestra concepción de la política militar difiere totalmente de la de los foquistas, como difiere también nuestra concepción de la violencia. Las operaciones militares, para nosotros, son operaciones que las ejecuta la clase y los destacamentos armados son fracciones de ésta, estructurados en su seno y controlados por sus organizaciones. No confundimos el armamento del partido con el armamento de la clase, aunque el primero puede ser el punto de partida y facilitar el cumplimiento del último. Ni la formación de fracciones armadas (consiguientemente su perfeccionamiento técnico) ni las operaciones militares deben considerarse finalidades en sí mismas, como si fuesen estratégicas, sino más bien como medios que deben permitir a la clase obrera llegar al poder. Esta es una de las diferencias más marcadas que nos separa del ultraizquierdismo, que, deliberadamente o no, indefectiblemente concluye perdiéndose en las acciones diarias y tras la finalidad del perfeccionamiento técnico de los componentes del grupo armado. El partido concentra la política militar del proletariado.

La lucha de clases es una sucesión de acciones violentas y es ya violencia; ésta adquiere proyecciones diversas según la clase social que la desencadene. Sería absurdo distraerse en averiguar quien es el primero que hace uso de la violencia; para la izquierda de la iglesia, que por principio la rechaza, el monopolio de la violencia corresponde a los explotadores y a los dueños del poder, su prédica se diluye en la inoperancia porque en la lucha de clases resulta ingenuo predicar la norma masoquista de ofrecer la otra mejilla no bien se reciba un golpe, todo en busca deliberada del martirologio que permita forjar a los mártires de nuestra convulsionada época, etc. Lo que queremos dejar claramente sentado es que no nos interesa la violencia por la violencia y la provocación de alborotos con finalidades gimnásticas, preocupación que absorbe a los ultraizquierdistas, porque generalmente concluyen sirviendo a la contrarrevolución y actúan como elemento disolvente de las fuerzas revolucionarias. La violencia utilizada por la burguesía y por los órganos de poder y de compulsión que le sirven, cuya finalidad no es otra que mantener sometidos y oprimidos a los explotados, es esencialmente reaccionaria y la rechazamos; pero también rechazamos las explosiones de ira provocativas o extrañas a las masas que apuntalan o justifican el movimiento del aparato represivo de los explotadores. La violencia ejercitada por el proletariado en su lucha liberadora, la acción directa que va contra el ordenamiento jurídico en vigencia y que tiene la posibilidad de desembocar en la lucha armada, es revolucionaria, progresista, porque está al servicio de la clase social que con su victoria puede evitar que la humanidad caiga en la barbarie y lograr que se estructure una nueva sociedad; la justificamos y practicamos en la medida en que es parte inseparable de la movilización de los explotados y de su marcha hacia el poder. La violencia es revolucionaria sólo si está subordinada a esta finalidad estratégica, todo lo que la obstaculice sirve a la contrarrevolución. De la enunciación de estas premisas se desprende que la violencia de la ultraizquierda, el foquismo o el

terrorismo urbano, es básicamente contrarrevolucionaria. Esto porque entraba la lucha del proletariado, porque impide su fortalecimiento como clase y como partido político y porque puede concluir siendo manipulada a su antojo por los dueños del poder político.

Tenemos un ejemplo histórico que puede ilustrar lo que llevamos dicho. Los mineros de Siglo XX tomaron como rehenes a técnicos norteamericanos en 1949, durante una huelga violentísima y buscando así liberar a sus dirigentes que fueron apresados por fuerzas del ejército y de la policía. El sindicato y los activistas sufrieron brutal asalto del ejército que prácticamente pulverizó el local sindical donde se encontraban concentrados los rehenes. Posteriormente se ha acusado, a los obreros de haber dado, muerte a parte de los técnicos extranjeros. En esa oportunidad sólo el trotskismo salió públicamente en defensa de la conducta de los mineros y justificó, utilizando argumentos teóricos y políticos, la captura de rehenes e inclusive su ejecución sin haber precedido ni siquiera un proceso sumario, esto mientras el resto de la izquierda no ocultaba, o acaso más bien se esforzaba por exteriorizarlo, su repudio y asco por la barbarie de los obreros bolivianos producto del atraso y del analfabetismo. Los más moderados se esmeraron en subrayar que formas de lucha extremadamente violentas ofendían a la civilización y a las conquistas democráticas. Para nosotros la captura de rehenes y su ejecución era inherente a la larga guerra que sostienen las clases antagónicas de la sociedad y se justificaban y debían ser obligadamente defendidas por quienes se reclamaban del programa de la clase obrera, por ser acciones violentas ejercitadas por el proletariado en su oposición a la clase dominante y su Estado; se trataba, como se ve, de la violencia al servicio de objetivos revolucionarios. A la decapitación de los rehenes siguió una no menos brava huelga general en todo el país, la masacre de Siglo XX y se desencadenó una ola represiva muy severa, destinada a descabezar política y sindicalmente a los trabajadores. La violencia llevó a una innegable derrota con toda su secuela inevitable; sin embargo, al ser asimiladas sus enseñanzas, no pocas negativas y las menos positivas, por la clase contribuyó a su estructuración, le enseñó, cierto que de una manera por demás cruel, que el Estado y sus instrumentos forman parte de la clase dominante y que la pretendida independencia del Ministerio de Trabajo, del ejército y del recurso del arbitraje obligatorio, no pasa de ser una artimaña para engañar y desorientar a los explotados. Partiendo de su cruenta experiencia diaria, los obreros avanzaron grandemente en su politización y comprendieron que también ellos debían contar con instrumentos de expresión política. Algo más importante, el alevoso ataque del ejército a los campamentos mineros, la sistemática represión, los choques entre obreros mal armados y mal organizados con fuerzas regulares y poseedoras de una gran potencia de fuego, ensañaron que era urgente concentrar mayores esfuerzos en el armamento de la clase, en su organización y entrenamiento militares. La violencia impresionante que significa la decapitación de los técnicos extranjeros encuentra así su plena justificación revolucionaria, se trata de una violencia que ayuda a la clase y que no la desorganiza y menos le impide encaminarse hacia el poder. Los acontecimientos posteriores pudieron demostrar que la captura de rehenes, que los mineros habían utilizado por propia iniciativa, sin esperar los consejos de los teóricos de la ultraizquierda, fue rápidamente incorporada como patrimonio de los explotados, que después la ejecutaron una y otra vez.

También los foquistas y los terroristas toman rehenes, cobran sumas fabulosas por su rescate, a veces los ejecutan y han establecido ciertas reglas a las que se sujetan en su práctica de la violencia de este tipo. Es indiscutible que esta manifestación de la violencia, como quiera que es ejecutada al margen de las masas, como acción totalmente marginal, no tiene directa incidencia en la vida de la clase obrera, exitosa o no carece de la posibilidad de contribuir en su estructuración, en la fijación de su línea de conducta. Frecuentemente la práctica de la captura de rehenes por parte de la ultraizquierda es utilizada por la policía para justificar su acción destructiva de las filas revolucionarias, de descabezamiento de las direcciones partidistas. Esta violencia no revolucionaria puede convertirse en francamente contrarrevolucionaria cuando es aprovechada por los organismos de represión para asestar rudos golpes a las organizaciones del proletariado. Sólo a un miope se le ocurrirá confundir o identificar la captura de rehenes por parte de la clase obrera con la que ejecutan a diario los ultraizquierdistas.

La violencia que es propia de foquistas y terroristas se ha tornado disolvente para la clase revolucionaria, pues rápidamente ha permitido la aparición del terrorismo fascista que es ejecutado por bandas parapoliciales que cuentan con el apoyo y protección estatales. Los golpes reaccionarios tempranamente asestados pueden tener enorme impacto en las filas obreras, porque éstas no han tenido el tiempo suficiente para poner en pie piquetes armados de autodefensa y los partidos marxistas no han podido estructurar un frente defensivo. Suficiente recordar las actividades del Escuadrón de la Muerte del Brasil y de las AAA, cuyos golpes han estado dirigidos a eliminar a los cuadros revolucionarios, que constituyen capital invaluable y que fácilmente no puede ser reemplazado. El proletariado, a diferencia

de la burguesía, muy difícilmente va sacando de sus filas a revolucionarios profesionales y éstos son indispensables en la lucha liberadora.

#### 4

Hemos diferenciado claramente entre foco y guerrilla, que los comentaristas superficiales cometen el error, siguiendo de cerca la propaganda ultraizquierdista, de identificarlos. Ciertamente que se trata de acciones armadas y formalmente puede decirse que no hay mayores diferencias entre ellos. Cuando se analiza el problema de fondo se comprueba que nos encontramos ante dos fenómenos totalmente diferentes y cuyas proyecciones sociales y políticas siguen direcciones opuestas.

La guerrilla es una actividad propia de las masas explotadas; es la guerra informal que libran los oprimidos y los débiles contra ejércitos poderosos, contra el Estado que cuenta con fuerzas armadas bien organizadas y pertrechadas; las maniobras ejecutadas tienden a debilitar al adversario e inclusive a distraerlo y agotarlo en una guerra de larga duración. El grupo guerrillero sale de las mayorías y vive de ellas y para ellas; sería absurdo pretender encontrar contradicciones y enormes diferencias entre aquel y los trabajadores que casi simultáneamente empuñan las armas y las herramientas habituales.

En este caso puede exactamente decirse que la guerrilla es el brazo armado de los explotados.

El foco armado se organiza y actúa al margen de las masas y a veces teniendo que vencer su resistencia, busca suplantarla y vive gracias al apoyo que se le presta desde el exterior (exterior a los explotados de una región); no es su brazo armado popular sino un quiste metido a viva fuerza en determinada región.

Rechazamos el foco y apreciamos en lo que vale a la guerrilla. Algo más, consideramos que el proletariado y las masas explotadas en general deben incorporar en su arsenal el método de la lucha de las guerrillas, de la guerra informal. Sería absurdo sostener que la liberación de la clase obrera se hará indefectiblemente por el canal de las guerrillas, pero también sería arbitrario sostener que por principio no puede ni debe recurrir a esta forma de lucha.

Para los latinoamericanos (para no hablar de otros continentes), el método de las guerrillas forma parte de la tradición de las luchas populares, suficiente recordar las guerras de comienzo del siglo XIX. Esto nos autoriza a esperar que en los momentos de mayor tensión de las luchas sociales volverá a actualizarse. En la Preparación militar del proletariado y de su partido político es visible la ausencia de asimilación crítica de la rica experiencia de las guerrillas. Se puede comprobar que ni siquiera los historiadores han analizado con el debido detenimiento y profundidad la vida y desarrollo de las guerrillas durante las luchas de la Independencia: no se conocen las pugnas clasistas internas en su seno y los casos en los que las capas plebeyas e incluso campesinas lograron ganar la dirección y las connotaciones políticas de fenómeno tan importante. Las luchas de liberación nacional en el Extremo Oriente y otras latitudes son por demás aleccionadoras acerca del gran papel que juega en ellas la guerra de guerrillas.

Dos argumentos se esgrimen para el rechazo del método de las guerrillas. a), se dice que siendo la misma cosa que el foco armado nada tiene que ver con los explotados y que es sinónimo de aventura irresponsable; b), que no es un método de lucha propio de la clase obrera y que, por tanto, no debe incluirse entre los que utilizarán los explotados de nuestra época.

La primera afirmación es arbitraria y no merece ser tomada en cuenta. Hemos indicado ya en qué medida son diferentes foco armado y guerrilla de masas (la guerrilla revolucionaria es necesariamente parte de las masas). El justificado rechazo del foco como método de lucha no supone ni debe suponer una igual actitud frente a la guerrilla.

Es cierto que el método de las guerrillas no es propio del proletariado, no ha sido creado por éste y ha existido antes de que hubiese aparecido en el escenario. Pero tampoco es exacto decir que se trata de un método exclusivo de los campesinos, ha sido utilizado, a lo largo de la historia, por los componentes sociales de los sectores mayoritarios. Las guerrillas latinoamericanas arrastraron a campesinos, artesanos, capas de hacendados y primeros núcleos de la burguesía. Bajo el capitalismo, la clase obrera, precisamente por ser la única consecuentemente revolucionaria y porque para emanciparse tendrá que emancipar

a toda la sociedad, tiende a convertirse en caudillo de todas las masas explotadas y oprimidas, toma en sus manos los problemas de éstas, (dándoles una insospechada proyección política, pues la orienta hacia el socialismo) y se apropia de sus métodos de lucha. No se trata de una mecánica incorporación al arsenal del proletariado, sino, al mismo tiempo, de su transformación. Esta transformación se refiere a que un viejo método de lucha se subordina a la estrategia de la clase revolucionaria de nuestra época. Cuando decimos que la clase obrera se apropia del método de las guerrillas no queremos significar que obligadamente debe utilizarla no importa en qué condiciones y en qué momento, sino que puede actualizarla en una coyuntura política favorable. Ya sabemos que las masas tienen que madurar para utilizar debidamente un método de lucha y éste debe ser la respuesta adecuada a una necesidad histórica concreta.

Hemos observado que el proletariado boliviano, pese a provenir directamente de la masa campesina, ha dado pruebas suficientes de haber perdido toda noción de la guerra irregular y que en sus fricciones con el ejército ha cometido muchas torpezas tácticas que le han costado muy caro. Se habría ganado mucho si las fracciones mineras, por ejemplo, hubieran sabido realizar maniobras y movimientos de acuerdo a los principios de la guerra irregular. Es por esto que decimos que la preparación militar de la clase obrera debe incluir la debida asimilación del método de la guerra de guerrillas. El partido revolucionario será el canal por el cual esta experiencia histórica se inyecte en la clase.

## 5

El foquismo, el terrorismo (la ultraizquierda en general) colocan el fusil por encima de la política. Esta es la causa de su momentáneo relumbrón, de su derrota final y de su vacuidad. El planteamiento no sólo que rompe con el marxismo sino que aleja a sus propugnadores de la clase obrera.

Si el fusil está por encima de la política quiere decir que puede modificar a esta última a su antojo. Uno de los elementos fundamentales de las transformaciones de la situación política es la conciencia de clase en evolución, hecho que condiciona la importancia decisiva del factor subjetivo de la revolución, es decir, del partido político. Según la tesis foquista y terrorista, el fusil tiene el poder de suplantar al partido político, en otras palabras, resuelve por sí solo la incógnita de las modificaciones de la conciencia de clase. El fusil ha sido convertido en fetiche y en deminurgo creador de la victoria revolucionaria. Sabemos que el fusil puede servir a la revolución o a la contrarrevolución según la clase social que lo empuñe; para la ultraizquierda el fusil es ya la revolución.

Para foquistas y terroristas el fusil sintetiza la revolución y su victoria; nada puede darse al margen de él y las actividades que no sean operaciones militares son reaccionarias por principio. De aquí se deduce que el único método de lucha concebida es la lucha armada y que todos los demás métodos son contrarrevolucionarios e indignos de ser empleados por quién se considere socialista. No podía haberse ideado una mejor forma de dar las espaldas a las masas; éstas se mueven diariamente y se movilizan partiendo de sus necesidades inmediatas, luchando por reivindicaciones modestas de tipo salarial y por aquellas que tienen relación con las condiciones de trabajo. Esta es una lucha por reformas pequeñas y no la grandiosa batalla contra el ejército regular o por tomar el poder. El partido revolucionario parte de la lucha por las reformas para proyectarlas hacia la conquista del poder, arrancando de las necesidades reales y cotidianas de las masas, de su atraso y de sus prejuicios, formula reivindicaciones transitorias que se convierten en el puente a través del cual los explotados se encaminan hacia el poder, se aproximan a él.

El fusil por encima de la política exterioriza la preeminencia de la acción sobre la teoría, del empirismo y del activismo sin principios sobre el programa. Lenin enseñó que sin programa revolucionario no puede haber acción revolucionaria, lo que significa que no se trata de la acción por la acción, sino de la táctica y de la actividad diaria sometida a la finalidad estratégica, colocada a su servicio, como elementos que coadyuvan a su cumplimiento.

El activismo por el activismo, la operación militar por la operación militar, no precisan de programa, algo más, exigen que éste sea abandonado. Por eso foquistas y terroristas nos plantean la urgencia de aferrarse únicamente a los principios vacuos capaces de unir a los sectores más heterogéneos y opuestos. Para los marxistas uno de los métodos -y el fundamental- de construcción del partido revolucionario de la clase obrera consiste en la precisa delimitación de las posiciones, de la superación de las diferencias a través de la más profunda discusión, lo que puede llevarnos al definitivo fortalecimiento organizativo

a través de la escisión; los ultraizquierdistas nos plantean la necesidad de estructurar el grupo armado por encima de los principios, como una simple coordinación de voluntades, de subordinación al caudillo, para que luego la acción permita el surgimiento del programa. Primero la acción y luego el programa es otra forma de plantear el apotegma del fusil por encima de la política.

El desprecio de foquistas y terroristas por los problemas programáticos, por las discusiones principistas que las consideran inútiles y perjudiciales, la poca importancia que le dan a la teoría, no es, pues, casual, parte de su propia naturaleza. Mientras para los marxistas la discusión principista, aquella que se refiere a la estrategia constituye el camino de la preparación de una óptima actuación unitaria, para los ultraizquierdistas esa discusión es sinónimo de paralización de la acción, de puro distraccionismo, de rechazo de todo intento de llevar las ideas al terreno de los hechos.

La base fundamental e irremplazable de la estructuración del partido revolucionario es el centralismo democrático (la más amplia democracia interna que permite la acción unitaria hacia el exterior, que la prepara); son la hipertrofia del centralismo y la carencia de toda forma de democracia los rasgos que caracterizan a los grupos foquistas, no en vano tienen como única finalidad las acciones militares.

La ultraizquierda puede haberse planteado en algún momento la estrategia proletaria, pero la pierde atrapada por la acción militar; la táctica se convierte en estrategia y la acción por la acción concluye destruyéndola.

Llega un momento en que la teoría, el programa y la política cobran su venganza y pulverizan al aventurerismo ultraizquierdista. La clase, representada por su partido político, pasa revista crítica a los hechos en la acción diaria, a todos los errores cometidos y a los aciertos logrados y es entonces que acaba con las desviaciones foquistas, como el paso necesario para la construcción de la vanguardia revolucionaria, que encarna la estrategia proletaria, que eleva al nivel de los principios las leyes ciegas del desarrollo histórico y el instinto del proletariado hacia la reconstrucción de la sociedad sobre base comunistas. A partir de este instante el foquismo y el terrorismo ya no tienen por qué existir y si se hacen presentes a través de esporádicas explosiones nadie se percibe de ello.

## 6

Podría pensarse que la vieja tesis del foquismo en sentido de que es el campesino la fuerza principal y decisiva en la lucha revaloratoria de nuestra época, de que la revolución vendrá del campo a la ciudad, y a la que entusiastas se plegaron los maoístas, ha sido totalmente abandonada por el terrorismo urbano. Pero no es así la ultraizquierda es populista, habla del pueblo, de los más sufridos y empobrecidos, de las mayorías y en primer término toma en cuenta al campesinado, dando a entender que por su crecido número y su mayor pobreza es la clase revolucionaria por excelencia.

Para el trotskismo la revolución en los países atrasados (aquellos en que las tareas democráticas no han sido plenamente cumplidas y que soportan la opresión nacional no será ciertamente pura y únicamente proletaria, sino que será protagonizada por las clases que soportan la opresión y explotación imperialistas, a condición de que esta masa alcance a ser políticamente dirigida por el proletariado. Por esto decimos que el eje fundamental de la estrategia revolucionaria es la alianza obrero campesina. Esta alianza ha sido abusivamente interpretada como un acuerdo contraído entre dos potencias; cuando a esta afirmación se añade la evidencia del mayor peso cuantitativo del campesinado ya se está planteando la mayor importancia de éste con referencia a la clase obrera. La alianza obrera campesina quiere decir nada más y nada menos que es el proletariado el que arrastra a la masa agraria detrás de sí, detrás de su estrategia, que formada la solución de los problemas campesinos con una perspectiva proletaria. La fundamental trascendencia del campesinado radica en que se convierte en fuerza propulsora de la marcha del proletariado hacia el poder, de manera que éste logra la victoria sobre los hombros de los explotados del agro.

Los foquistas que partían para su acción del campo, que estaban seguros que su acción liberadora dependía del apoyo de éste, descontaban que los campesinos, debido sobre todo a su secular opresión y miseria, eran ya socialistas, por lo menos intuitivamente y que para despertar sus potencias dormidas era suficiente la de la acción heroica y ejemplarizadora. El grueso de la masa campesina es pequeño-burguesa, se aferra apasionadamente a la fuente de toda su miseria, de su primitivismo y demás

desgracias a las minúsculas parcelas de tierra y a los rudimentarios aperos de labranza; presenta el egoísmo y el oportunismo propios de quienes buscan una oportunidad para ensanchar, por lo menos en forma mínima, su propiedad. Si a esto se añade la tremenda dispersión de esta masa humana a lo largo de la extensión territorial del país y su pavoroso atraso cultural y la virtual carencia de grandes concentraciones urbanas, se comprenderá fácilmente por qué los campesinos, pese a su gran tradición de luchas heroicas, no logran expresarse homogéneamente en el campo político, que inclusive no llegan a tener voz propia en este plano. Los numerosos ensayos hechos de poner an pie un partido de "indios" no pasan de ser imposturas de los cholos asentados en las ciudades y que obedecen a las incitaciones y a la propaganda de los gobiernos de turno, de los reaccionarios y hasta del imperialismo.

El campesinado, por estar constituido por miserables pequeños propietarios, es antisocialista y tiene intereses diferentes a los del proletariado, que se encamina a destruir la propiedad privada sobre los medios de producción y a superar el extremo parcelamiento de la tierra, no para constituir la gran hacienda capitalista sino la granja colectiva, razones por las que, al afirmarse en el poder y delimitar sus contornos de clase chocará indefectiblemente con el egoísmo campesino.

No se trata de menospreciar al campesinado, de marginarlo de la lucha revolucionaria, de no hacer nada para no conquistarlo para las posiciones proletarias; se trata de ubicarlo en su verdadero lugar y de señalar con precisión la función que cumplirá en la lucha emancipadora. Sólo así se puede abrir el camino revolucionario y darlas espaldas al populismo deletéreo.

El terrorismo urbano no se asienta en el proletariado, aunque hable de él machaconamente, parte y concluye en lo que el revisionismo pablista llama "nueva dirección de masas", que no es otra cosa que la capa estudiantil de la pequeña burguesía. En esto no hay nada de extraño, la ultraizquierda es una de las manifestaciones naturales de esta clase intermedia y oscilante. Nos encontramos ante el caso de que las avanzadas juveniles de la clase media pretende imponer métodos y objetivos a la clase revolucionaria, de aquí arranca la intrascendencia de sus acciones, la extemporaneidad de sus imposturas, pues ahora se trata de forjar de manera granítica a la vanguardia revolucionaria del proletariado.

El petardismo pequeño burgués no sólo que nada tiene que ver con la revolución proletaria, sino que se opone a ella y que al obstaculizar con su acción. No es el caso de encontrar un sustituto a la capacidad revolucionaria de la clase en la potencia de los explosivos, sino de elevar esa capacidad a través del fortalecimiento de su dirección política. En esta tarea no sirve para nada la ultraizquierda y ha llegado el momento de eliminarla de nuestro camino.

Si no se forja el partido obrero, si el proletariado no alcanza a convertirse en el caudillo de las masas oprimidas para poder aplastar al imperialismo rapaz y opresor, la desesperación y la barbarie pueden concluir destruyendo a la sociedad, entonces, sí el hundimiento de la humanidad será acompañada por las explosiones de la histeria ultraizquierdista. La desesperación pequeño-burguesa subrayará la imposibilidad de encontrar una salida revolucionaria. Por ahora estos presagios pesimistas deben ser simplemente descartados: el proletariado latinoamericano, reciamente templado en la lucha diaria, se encamina a paso firme hacia la victoria y demostrará poseer las fuerzas suficientes para poner en pie a su propia vanguardia, cuyo programa, el trotskysta, es la expresión concentrada de la experiencia del proletariado mundial, que ya ha demostrado ser capaz de tomar en sus manos el poder político y de sentar los fundamentos materiales y políticos de la futura sociedad.

El fracaso de la ultraizquierda como dirección de las masas y como garantía de la victoria revolucionaria se ha repetido en Bolivia; acaso la novedad radique en que en su disgregación se ha desplazado hasta posiciones abiertamente reaccionarias. El petardismo, que en su momento hizo gala de radicalismo verbal, concluye sustentando posiciones nacionalistas y moviéndose detrás de golpistas uniformados. Puede ser que en las muecas que provoca la caída se conozca mejor a los personajes.

Nacionalismo y ultraizquierdismo son dos expresiones de la pequeña-burguesía, tal vez por ésto tan fácilmente foquistas y terroristas pasen de una posición a otra. Tenemos en mente el caso del MIR boliviano. Se estructuró, como siempre sostiene la ultra-izquierda de no importa de qué rincón del mundo, prometiendo sustituir en el acto a la caduca dirección de las masas y consumir la revolución que con su retardo ocasiona tantas calamidades. No bien tuvo que afrontar los acontecimientos y se topó con la primera prueba seria, cayó hecho pedazos: no tenía programa, es decir, respuestas al cambiante acontecer político y cuando fue preciso que la militancia adoptase una conducta unitaria vino la escisión,

la discusión principista y el acabose para la organización. Los viejos partidos estaban ahí, enarbolando terca y apasionadamente sus posiciones, defendiendo sus programas y teorías, mientras que el escindido y maltrecho MIR no atinaba a definir si era partido, vanguardia o club de discusión y parece haber quedado reducido a lo último.

El MIR viene del foquismo, pero no retorna hacia él a acabar sus días, sino que se ha detenido en el nacionalismo de contenido burgués y sus "teóricos" desarrollan la teoría de la colaboración con la burguesía, de las bondades políticas y estratégicas del traidor MNR, de la inevitabilidad de la revolución democrática y del carácter progresista y democrático de los regimenes militares. El viraje al nacionalismo lo ha identificado en cierta medida con el stalinismo, esa cueva revisionista y contrarrevolucionaria, como denuncia las viejas consignas, con quien mantiene un pacto bilateral de actuación política. Leemos en la prensa que el esmirriado MIR (nacido para convertirse en el acto en una organización de masas y acortar hasta lo indecible todo el proceso de formación del partido revolucionario) no falta como adorno izquierdista en todas las combinaciones frentistas que auspician los nacionalistas, incluidos los más reaccionarios, con miras a servir de cobertura a los golpistas de charreteras.

¿Se puede decir que foquismo, terrorismo y nacionalismo, son la misma cosa Puntualicemos de paso que hay foquistas y terroristas que sirven a las corrientes políticas más diversas. Encontramos terroristas que pertenecen a organizaciones francamente fascistas y en la Argentina el foquismo se proyecta a través de grupos de filiación nacionalistas y también de otros que ostentan el marbete de marxistas. No estamos hablando si de una manera general pueden las clases en pugna utilizar o no la táctica foquista o terrorista, reducida a receta técnica; claro que pueden y así lo demuestra una amplísima experiencia. El problema formulado ofrece algunas variantes: se trata de saber si la ultraizquierda - que buscó nacer a la izquierda de los partidos marxistas- no se diferencia en nada del nacionalismo de contenido burgués. Nos parece que si solo tomamos los planteamientos iniciales no es posible afirmar tan llanamente esa identidad: la propaganda bullanguera habla de metas diferentes. Con todo, es posible encontrar algunos rastros comunes a ambas posturas. Foquistas y terroristas no hablan de la dictadura del proletariado, fórmula gubernamental que expresa y resume a perfección la estrategia de la clase obrera, es decir, la estrategia revolucionaria de nuestra época. La claridad en la enunciación de este objetivo es consecuencia de una total claridad en la concepción política, que falta a toda la ultraizquierda. En su afán de encontrar planteamientos confusos y capaces de unir a todos los hombres dispuestos a empuñar un fusil, abandonan la necesidad de fijar con nitidez el objetivo estratégico o bien se deslizan por la pendiente de las concesiones principistas a todo aquel que así lo exija. Por este camino concluyen enunciando la constitución de gobiernos populares, democráticos y antiimperialistas, a los que se puede adornar con el adjetivo de "revolucionarios". Pero, resulta que esta consigna es la enarbolada por el odiado -odiado por lo menos hasta la víspera- stalinismo revisionista y que apresuradamente se apropian los nacionalistas del más diverso pelaje. El foquismo se afana y se agota buscando consumir de inmediato la revolución, aunque no precisa de qué revolución se trata. Cuando se dan algunas precisiones caemos en cuenta que tan vehementemente se venía hablando de la revolución democrática, pues sólo ésta puede estar destinada a su estrangulamiento en manos de un gobierno popular y antimperialista. Así, en lo más profundo del subsuelo, el ultraizquierdismo tiene raíces comunes con el nacionalismo, no en vano son exhudaciones de la misma clase social zigzagueante y capitulante. Esto podría explicar la manera fácil y casi normal en la que los que debutaron como atacados de histeria ultraizquierdista se deslizan a posiciones comunmente consideradas como conservadoras.

Todavía no se ha dado el caso de que el nacionalismo se torne ultraizquierdista, pero es evidente que sabe utilizar en su provecho las aventuras de foquistas y terroristas. El nacionalismo que propugna la transformación y desarrollo del país dentro de los estrechos moldes capitalistas y contando con la venia y el apoyo imperialistas, corresponde matemáticamente a la naturaleza y objetivos de la pequeña-burguesía. La ultraizquierda aparece como una momentánea desviación extremista. Observamos un fenómeno parecido al que tiene lugar en las filas anarquistas; el anarquismo no es más que el liberalismo llevado a su expresión más extrema, lo que explica que los tirabombas el momento menos pensado aparecen convertidos en respetables demócratas.

Foquistas y terroristas cuando se alistan detrás de los nacionalistas o cuando apuntalan el golpismo de cualquier uniformado que tiene la ocurrencia de presentarse prometiendo aperturas democráticas o lanzando promesas dulzonas, se desnudan totalmente de su ropaje "revolucionario" y se presentan abiertamente como contrarrevolucionarios. En la medida en que no son más que la expresión de la pequeñaburguesía, en que no han tenido el valor suficiente para proletarizarse en el plano del programa

de la clase obrera -que es la verdadera proletarización-, no se puede decir en qué son revolucionarios.

Los campesinos y la pequeña-burguesía en general están vitalmente interesados en conservar la propiedad privada, este es el cordón umbilical que les une a la actual y caduca sociedad, en esta medida son conservadores. Sin embargo, pueden rebelarse contra el estado de cosas imperantes por ser insoportable también para ellos y así asumir actitudes revolucionarias, como dice el "Manifiesto Comunista" al referirse a la clase media. El error radica en confundir esta postura con una conducta consecuentemente revolucionaria, que es, repetimos, privativa del proletariado. El partido obrero estará en lo justo si se apoya en las actitudes revolucionarias y las orienta hacia el proceso de transformación dirigida por el proletariado.

Debemos subrayar que cuando la ultraizquierda se metamorfosea en nacionalista quiere decir que ha llegado a su fin, que la impostura ha concluido desnudando al personaje. Cuando entre nosotros observamos que la mutación de la ultraizquierda en nacionalismo golpista es el fenómeno dominante, tenemos derecho a concluir que la aventura ultraizquierdista ha concluido de la manera más lamentable.

¿Acaso ya no existen gentes que retomen la bandera del CHE? Bien seguro que existen, pero para poder sobrevivir y moverse entre sus iguales o entre sus aliados naturales no tienen mas remedio que aplicarle muchos parches derechistas. La operación no se les antoja muy comprometedor, pues siguen guardando fidelidad incondicional a la tesis de que las discusiones alrededor de los principios es nada y sólo la acción es todo.

En Bolivia, a esta altura de los acontecimientos, la discusión alrededor del foquismo y del terrorismo ha perdido toda actualidad y se presenta o bien como una curiosidad histórica o como un entretenimiento puramente intelectual. A esta conclusión se llega tanto por el fracaso de la ultraizquierda en el terreno de la acción -en el que ella escogió como la única digna de ser ocupada- y porque materialmente ha desaparecido del escenario (puede ser que en el futuro vuelvan a hacerse presentes algunas de sus manifestaciones), al extremo de que es preciso ser muy diligente para encontrar alguna publicación que informe acerca de su pensamiento. En el tapete de la actualidad se encuentran otros problemas acuciantes y el mayor de ellos se refiere a la mejor manera de combatir y derrotar al gorilismo fascista. En este terreno, la discusión vuelve a centrarse acerca de la necesidad de la mejor forma de coadyuvar a la profunda movilización de las masas y de unir la lucha por modestas reivindicaciones democráticas y económicas con la estrategia de la toma del poder por parte del proletariado. Los marxistas siguen en su línea tradicional mientras los innovadores ultraizquierdistas están ocupando dudosas trincheras. Ya hemos indicado que la experiencia boliviana ratifica el leninismo, que a muchos se les antojó totalmente sobrepasado por el desarrollo histórico.

La revolución boliviana bien seguro que comenzará dentro las fronteras nacionales y tendrá que sufrir las consecuencias del desarrollo extremadamente desigual del proletariado en los diferentes países latinoamericanos; sin embargo, no podrá resolver los descomunales problemas emergentes del propio proceso revolucionario y, entre ellos, la derrota definitiva del imperialismo internacional, si no se plantean en la palestra continental, en el marco de los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Es este punto de vista el que nos obliga a sostener que la estructuración de la dirección revolucionaria en escala internacional constituye una tarea inaplazable. Esperamos que el volumen que el lector tiene en las manos constituya una modesta contribución a este objetivo, pues trasmite, aunque en forma deficiente, la jugosa y vital experiencia del proletariado boliviano adquirida en su lucha revolucionaria y en sus campañas contra los desviacionistas de la ultraizquierda.

## NOTA SOBRE LA COMPILACIÓN

Se reúnen piezas producidas en distintas épocas y se reeditan tal como aparecieron, no ha sido posible introducir modificaciones estilísticas -ique tanta falta hacen!-, eliminar las inevitables redundancias tratándose de escritos de diferente fecha y ni siquiera llenar las infaltables lagunas. Esto se debe no a que consideremos esta producción como insuperable, sino porque las difíciles condiciones en que se edita no nos permiten dedicarle la debida atención de nuestra parte. No se puede olvidar que el autor es un soldado de la revolución, que sigue ocupando la trinchera de combate en circunstancias en que la clandestinidad es obligada.

Esperamos que el lector sabrá comprender todas estas fallas y pasar por alto las limitaciones del volumen y si hemos dado nuestra venia para que salga a luz es porque nos parece de mucho interés el conocimiento de la experiencia de la que también somos actores.

Buenos Aires, enero de 1975